aunque pequeño, y más que *Estudio sobre la Edad Media* debiera llamarse *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, está consagrado á demostrar que el cristianismo, así en su moral como en su metafísica, es un centón de doctrinas diversas: de Platón, de Filon Hebreo, de Plotino, de los estóicos y de los esenios. Para dar esta prueba, el Sr. Pí nos propina un compendio histórico de la antigua filosofía. Refutar lo que dice el señor Pí sería prolijo. Además, ¿cómo refutar afirmaciones vagas? No ya un racionalista que haga justicia al cristianismo, sino el más fervoroso cristiano, podrá aceptar muchos de los asertos parciales del Sr. Pí, sin inferir de ellos nada que redunde en contra de dicha religión, nada que niegue ó destruya su origen divino. No sólo los santos de la ley mosáica, no sólo los videntes y profetas de Israel, sino los filósofos griegos, por razón natural ó por recuerdos más ó menos confusos de la revelación primitiva, pudieron adivinar y adivinaron, y estaba sin duda en el plan providencial que adivinasen y divulgasen, no pocas verdades de las que, juntas luego en un sistema armónico, habían de constituir la ley de gracia, y ser la buena nueva en toda su extensión y complemento.

Examina después el Sr. Pí, en tres ó cuatro páginas, toda la filosofía de los Santos Padres. Ya cree el lector que les concede cierta originalidad, ya que no les concede ninguna. De todos modos, lo que más encanta al Sr. Pí en los Santos Padres, es que casi todos fueron comunistas. Fourier,

Cabet, Considerant, Saint-Simon y los internacionalistas, vienen á ser sus comentadores y secuaces.

En este punto el Sr. Pí repite, como en los demás, lo que ha aprendido en sus malas lecturas, y yo salvo sus intenciones; pero no puedo salvar las de los autores que sigue, y cuya mala fe es evidente. El énfasis y el fervor de la predicación, el ascetismo, el menosprecio del mundo y el amor de las cosas eternas, hacen hablar contra la propiedad á algunos Santos Padres; pero en muy diverso sentido y con espíritu contrario en todo al de los comunistas de ahora. Ningún Santo Padre, además, ha sostenido que debe ser derogado el séptimo mandamiento; y si equivocadamente pudo creer, porque los Santos Padres no eran infalibles en economía social, que había robo en la propiedad, nunca creyó ni dijo que *quien roba al ladrón tiene cien años de perdón*, y que es menester despojar violentamente á los propietarios.

Es, además, mala fe citar como venerable la opinión de un autor, porque fué lumbrera de una Iglesia en que no se cree, y hacer valederas ciertas razones de dicho autor, evidentemente erróneas, y que no se atrevería el que las alega á aceptar acaso como suyas, y que la Iglesia también rechaza. Y esto suponiendo que las razones alegadas en una cita hayan de entenderse del modo que al que cita le conviene, y no de otro. Pongamos por caso esta cita de San Ambrosio que trae el Sr. Pí: «La tierra ha sido dada en común á todos los hombres; nadie puede llamarse propie-

tario de lo que le queda después de haber satisfecho sus necesidades naturales; lo sacó del fondo común, etc.» Desde el punto de vista meramente científico, ¿qué de contestaciones no tiene esto? Citarlo, pues, es por la autoridad que le da San Ambrosio; pero ¿qué autoridad tiene San Ambrosio para quien desconoce la inspiración cristiana, el sentido ascético, la idea superior á que obedece su pensamiento? Mirando humanamente, ¿quién ha de considerar la propiedad legítima, individual, como sacada del fondo común? Claro está que si esta propiedad toma cuerpo, y no es una idea, ha de estar en el fondo común; ha de estar bañada del ambiente, fundada sobre el globo que habitamos, dentro del espacio, en suma, y de todo aquello que es común á los hombres; pero lo que la constituye es una creación individual, ya del mismo dueño, ya de su padre ó de su abuelo, ya de cualquiera otro que se la haya transmitido por herencia, por donación ó por su precio. Los elementos de esa propiedad pertenecen al fondo común; pero no la forma, no el trabajo, no el ingenio que emplea el que se hace propietario, todo lo cual constituye, no algo sacado del fondo común, sino algo creado para el goce particular de quien lo crea, y mucho añadido por esta creación al fondo común de la riqueza social, y para utilidad de todos los seres humanos. Pongamos por caso este mismo libro del Sr. Pí que refutamos ahora. Y cuenta que pocas propiedades estarán más sacadas que ésta del fondo común. Doctrinas religiosas, filosóficas, históricas, económicas, todo está tomado de aquí y de allí, todo procede de libros que pertenecen ya al fondo común; mucho está en la atmósfera viciada de los clubs ó se respira por los estudiantes incautos con el ambiente insalubre de algunas aulas; y, sin embargo, no negamos que los *Estudios sobre la Edad Media* son propiedad del Sr. Pí. Él ha hecho de todo un conjunto, lo ha compaginado con cierto orden, ha puesto en ello su estilo propio: en resolución, lo ha hecho suyo y nadie se lo puede quitar. Y no tenga escrúpulos de conciencia el Sr. Pí de que disfruta como suyo, y saca honra y provecho para sí de lo que no es suyo, de lo que del fondo común ha tomado. Ahí está el error; ahí la distinción que conviene hacer para evitarle. El Sr. Pí ha necesitado toda esa riqueza, tomada del fondo común, para crear con su libro una nueva riqueza, más grande ó más pequeña; pero sólo esto que ha creado es lo que le vale: lo demás no le vale más que á cualquiera otro.

Pasa luego el Sr. Pí á hablar de la filosofía escolástica, que estima en poco, y pone muy por bajo de la filosofía de los Santos Padres. La antinomia que hay en el cristianismo, de quien la filosofía se hace humilde esclava, tiene la culpa de todo.

Examinemos ya la antinomia en el cristianismo.

Dejando á un lado pormenores y yendo á lo substancial, la antinomia se la explica de este modo el Sr. Pí.

Cristo hizo una gran cosa; inició una gran re-

volución en el mundo. Proclamando la unidad divina, proclamó la unidad humana. El Sr. Pí sostiene que de la doctrina de Cristo se deducen la fraternidad universal, la igualdad de derechos, y hasta el Comunismo. Cristo, pues, es un sujeto de mérito, uno de los antecesores del Sr. Pí. Para cualquiera de estos hierofantes de la humanidad, que pululan hoy, que destruyen las naciones, que roban la paz, que hunden á la sociedad en sangre, luto y miseria, Cristo es un precedente: lo que Moisés, pongamos por caso, fué para Cristo.

Lo que impidió ó retardó que la buena doctrina de Cristo diese sus frutos, y lo que hizo que sólo ahora empiece á darlos, fué que á Cristo le faltó método. No era un profesor; no sabía científica, sino precientíficamente lo que sabía. *Pero no culpemos á Cristo*, exclama el Sr. Pí en un arranque de generosidad. Nada; no le culpemos. *Los hombres han sido siempre del mismo modo. Empiezan por sentir aspiraciones y acaban por tener sistemas. El sentimiento precede al raciocinio.*

Cristo sentía mucho; pero apenas si raciocinaba. De aquí el haber estado durante diez y ocho siglos divagando la humanidad, sin descubrir el alma del misterio. El alma del misterio es que no hay otra vida; que un hombre se muere como se muere un perro ó un gato, y que el reino de los cielos no debe buscarse sino en la tierra, procurando cada cual gozar y holgarse á costa de los demás mortales.

Esto último no lo dice el Sr. Pí; pero no lo dice por una inconsecuencia lógica que le honra, y que esperamos demostrar fácilmente.

Veamos, por lo pronto, las razones que alega el Sr. Pí para probar que es tan mala, tan contraria al progreso, tan deletérea por todos estilos la creencia en la inmortalidad del alma.

Estas razones se vuelven contra la tesis del señor Pí en vez de afirmarla.

Si se me da un cielo y se coloca en él la vida eterna, ¿qué es para mí esta vida? Esto dice el Sr. Pí. Con todo, para cualquier persona que no esté obcecada tiene más fuerza lo contrario. Si no se me da un cielo y si no se coloca en él la vida eterna, ¿no se le quita á esta vida, que ahora vivo, el más noble, el más alto, el más importante de sus fines? ¿Qué vale el mundo, dice el Sr. Pí; qué vale esta vida transitoria, comparada con la eternidad? Sin duda que comparada vale poco; pero como, haya ó no haya eternidad para mí, lo que es la comparación puedo hacerla siempre, resulta que la vanidad de esta vida, mirada en sí, es idéntica, crea yo ó no crea en que voy á gozar de la otra. Pero mi vida es mil veces más vana, y sin propósito, y sin valor, cuando creo que es como la vida de un perro, que cuando creo que por medio de esta vida voy á ganar otra eterna. Según el Sr. Pí, quien al morir cree que muere todo él, se juzga identificado con cuanto vive: ama á la familia, á la patria y á la humanidad; pero quien al morir imagina que va al cielo es un egoísta de primera fuerza, á quien, con tal de salvarse, le importan poco el mundo y la humanidad, que menosprecia.

Este argumento es más vigoroso, pues si bien un buen cristiano debe exclamar:

> Aunque no hubiera cielo yo te amara,
> Y aunque no hubiera infierno te temiera,

es cierto que la fe en una vida futura puede hacer monstruosa alianza con un inmenso egoísmo. Sin embargo, el monstruo, el egoísta, mientras crea que se puede salvar hará bien á sus semejantes ó no les hará daño al menos: lo peor que se podrá decir de él es que es inútil si se retira á un desierto, se da azotes y se mata de hambre. Será como *El Condenado por desconfiado* de nuestro gran poeta dramático; pero si viene el demonio y le tienta, y le hace creer que no se salvará, el condenado por desconfiado dejará su ermita, abandonará las disciplinas, tomará un puñal ó un trabuco, y matará y robará y violará, á fin de gozar en esta vida lo que ya no espera en la otra. Lástima es que haya corazones de tan vil metal, tan groseros y de tan baja ley como el del condenado por desconfiado, pero los hay sin duda; y si el Sr. Pí, en el drama de la vida de ellos, se propone hacer el papel de demonio, déles á leer su librito, convénzalos de que no se salvan, de que la vida eterna es mentira, y ya verá cómo roban, matan é incendian y estupran, como el héroe de Tirso, si tienen aliento para resistir ó burlar á la guardia civil; ó si el Sr. Pí suprime también esta institución y los tribunales, para que sean libres y exentos de todo miedo y cumplan la ley del progreso.

Más extraña es aún la afirmación de que ama y respeta más á su prójimo el que le cree un poco de materia organizada de cierto modo, que el que le cree un espíritu inmortal, hecho á imagen y semejanza de Dios. Si el hombre es como el carnero, no sé por qué no hemos de comernos al hombre. La inteligencia, la voluntad, la razón de que el hombre está dotado, no son más que un producto del organismo. Pero ¿tiene la razón algo de personal que me infunda respeto hacia una persona que cree derechos individuales en un sér semejante á mí, y cree en mí el deber correlativo? ¿Qué significan la dignidad, la honra, la hacienda, el decoro, la libertad de un pedazo de materia organizada de cierto modo y donde el Dios-mundo tiene conciencia de sí? Aquella honra, aquella hacienda, aquella libertad, aquel decoro no se conciben sino en un individuo, en una persona limitada como yo, semejante á mí, no en una conglutinación de celdillas, en un compuesto de varios ingredientes, en uno á modo de respiradero por donde asoma el Dios-mundo y hace su gloriosa epifanía. Lo mismo asomará, ó mejor por otra parte, si ésta ó aquélla se le cierra.

Figurémonos, por un instante, que con las doctrinas del Sr. Pí, ya que no haya razón para amar al prójimo, la haya para amar á la humanidad en su conjunto, porque en ella se manifiesta la idea, Dios, el progreso, el bien y la perfección. En este caso, en pro de la humanidad, en pro del progreso, debemos matar á los chicos que nazcan feos y tontos, acabar con los jorobados y lisiados, y ex-

terminar á las razas inferiores, á fin de que no inficionen con su mezcla nuestra sangre más ilustre y deterioren nuestro organismo más á propósito para secretar el pensamiento.

No crea el Sr. Pí que lo digo por burla. Lo digo con toda formalidad. La consecuencia rigorosamente lógica de sus premisas no puede ser otra. De una simpatía irracional y absurda, de un inexplicable sentimiento, de un extraño fenómeno nervioso, podrá nacer que no queramos robar, ni asesinar, ni comernos á nuestros semejantes, ni apalear á los negros y á otras razas inferiores para que nos sirvan; pero, dado que todo es uno, que todo es materia, que Dios es el espíritu ó la fuerza que lo mueve todo y que es todo, y que yo no soy nada sino una apariencia, no veo razón para que se ande nadie con escrúpulos, y no goce todo lo que se le antoje y pueda, aun procurando el adelantamiento de la humanidad. Es más: el adelantamiento de la humanidad consistirá en esto y no en otra cosa.

Harto sé yo lo que replicará á esto el Sr. Pí, porque he leído á sus maestros y conozco sus sofismas. El Sr. Pí me dirá: Tú eres un malvado, un perverso; todo cristiano, ó todo aquél que sin serlo está contaminado aún del pensamiento cristiano, no comprende el amor del prójimo sino por *amor de Dios*. Su caridad, su bondad, su filantropía, hasta su justicia, son de reflejo: no ama el bien por el bien, no ama la virtud por la virtud, sino con un fin interesado; ya por temor del castigo, ya por el incentivo del premio. Mientras *objetiva*, da cuerpo, convierte en un fantasma su propia conciencia, donde está grabada la ley moral, esta ley tiene fuerza para él y la cumple. Pero se desvanece el fantasma, esto es, Dios, y quedan solas la conciencia y la ley, y entonces ni cumple la ley ni la respeta.

Importa refutar esto: en esto está lo que más alucina á los hombres como el Sr. Pí, que yo no considero malos, sino ilusos; inteligencias á quienes un pasto espiritual sobrado fuerte para ellas ha hecho caer en algo como una borrachera peligrosa, y que en vez de curarse por la abstinencia, se entregan luego por vanidad á una orgía desenfrenada.

No defendemos nosotros la creencia en Dios y en la vida futura, como quien defiende á los alguaciles, á los jueces y al verdugo. Muy al contrario: para toda alma noble y honrada, si incurre en una falta, si comete un pecado, es más fácil obtener el perdón de Dios que el de la conciencia propia. La bondad de Dios, en toda religión natural ó positiva, no ya sólo en el cristianismo, es tan infinita como su justicia. ¿Qué flaqueza, qué pecado, qué crimen no me perdonará Dios si hago un acto de verdadera contrición? ¿Quién pone tasa, ni límites, ni términos á la misericordia divina? ¿Qué culpa no lava un instante de sincero, cordial y fervoroso arrepentimiento? No crea, pues, el Sr. Pí que yo sostenga las creencias religiosas para poner yo mismo un freno á mis pasiones, y para encadenar las de los otros y vivir tranquilo. Harto sé que el creyente puede pecar y peca. Har-

to sé que la justicia divina no es inexorable como la humana. Y esto más aún en nuestra religión que en ninguna otra. Cristo vino á redimirnos y á salvarnos. Cristo vino más para los pecadores que para los justos. La cruz es el símbolo de nuestra redención:

El madero soberano,
Iris de paz que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los pecados del mundo.

Vea, pues, el Sr. Pí cómo no tenemos ni queremos tener la religión á modo de suplemento ultramundano de los presidios, de las horcas y del garrote. La tenemos y la queremos tener, no como sanción, sino como base; no como apoyo y fuerza, sino como germen y fundamento único de la moral y del bien. Los cristianos de Almería, si tienen que pagar á Contreras los dos millones, á pesar de los dos millones perdidos y del susto que han pasado, tal vez pidan á Dios por ese Barbarroja intestino; y aunque no tengan tanta longanimidad, tendrán que creer que Dios puede perdonarle y llevársele á gozar de su gloria. Del señor Pí, á pesar de los males infinitos que ha causado con sus locuras y extravagancias, es también posible que se salve. No es, por consiguiente, para asustar á los dementes y á los malhechores, ni para tomar una venganza póstuma, ni para mantener por miedo en su deber á los extraviados, para lo que tenemos religión. Es porque sin religión, sin Dios personal y sin alma humana inmortal,

no hay deber, ni virtud, ni mal, ni bien, ni vicio, ni pecado. Podrá haber delitos artificiales, creados por una legislación positiva que se funde en lo útil y se sostenga en la fuerza.

Los hipócritas ó los irreflexivos que siguen doctrinas semejantes á las del Sr. Pí, que niegan á Dios personal y al alma que no muere, inventan mil sofisterías para constituir lo moral y lo justo, en nuestra propia conciencia; pero los pensadores francos y profundos, que son ateos ó panteístas como el Sr. Pí, niegan también la moral y el derecho, ó no los consideran, sino como productos alambicados y artificiales, como refinamientos sutiles de nuestra civilización.

Es gracioso el modo de fundar la moral de Augusto Comte y de Littré. La moral se funda en dos instintos: el egoísmo y el *altruísmo*. Combinados ambos, amasados y barajados por la razón, producen la moral más pura y más delicada, al cabo de cierto número de siglos. El egoísmo es el sentimiento que nos mueve á conservar nuestro sér, nuestro propio individuo. En su momento inicial se manifiesta por el hambre. El *altruísmo* es el sentimiento que nos mueve á amar á nuestra especie y á propagarla. En su momento inicial se llama lujuria. El egoísmo es el amor de nosotros mismos. El *altruísmo* es el amor de todo lo demás que existe ó puede existir. Estos dos amores, bien entendidos, acaban por dar de sí toda la ley moral. Indudablemente para el salvaje no hay más que dos estímulos: la lujuria y el hambre. Aristóteles lo había dicho. Nuestro arcipreste de Hita lo repi-

te: sólo mueven al hombre *mantenencia y ayuntamiento con fembra.*

Si lo dijese de mío sería de censurar:
Dícelo gran filósofo, non so yo de reptar.

Pero ni el Estagirita ni el alegre Juan Ruiz sacaron toda la moral del deseo de mantenencia y de las ganas de ayuntarse.

En cuanto á la justicia y al derecho, Littré les ha hallado no menos noble origen. Así como la caída de una manzana dió ocasión á Newton para descubrir la gravitación universal, así una noticia, que leyó un día en los periódicos, dió ocasión á Littré para fundar la justicia sobre bases sólidas. El Príncipe salvaje de Nukahiva, siendo ya viejo, se casó con una linda muchacha. En Nukahiva es ley la poligamia, y el Príncipe tenía muchos hijos de otras mujeres. La linda muchacha tuvo celos de los hijos, y los fué envenenando á todos á ciencia y paciencia del padre, el cual, como amaba más á su mujer que á los hijos, no halló ofensa ni daño en aquellos envenenamientos, y no se vengó ni se indemnizó. De aquí deduce Littré toda la teoría de la justicia, toda la filosofía del derecho. No hay más que la venganza ó la indemnización, de las cuales se encarga la sociedad por ser más cómodo, y ahí tenemos la justicia. Aunque Littré se muestra severo contra el sistema utilitario, y halla sólo absoluto y fundamental este concepto tan sublime de lo justo, todavía consiente en que las miras de utilidad entren por algo en la confección de las leyes. Tanto en la Grecia del tiempo de Homero, como entre los germanos que fundaron los Estados de la Edad Media, no hay aún más que la pura justicia. Mataba un hombre á otro: la sociedad nada tenía que ver con eso. Como el muerto no hablaba, no se daba por ofendido. Los parientes del muerto eran los ofendidos solamente, y podían tomar venganza; pero si el homicida pagaba algo como compensación, la venganza se excusaba. Es más: el homicida había cumplido ya con la sociedad; á nadie debía nada, y volvía á entrar en la vida común, sin perturbación para él ni para los otros. Littré ilustra esto con una cita de Gregorio de Tours. Un hombre dice á otro: «Debes darme muchas gracias porque te he muerto á los parientes; por medio de la compensación que has recibido, el oro abunda en tu casa.» El considerar criminal á cualquiera, y el que haya acción pública contra él, aunque la parte ofendida se dé por satisfecha, son resultados del utilitarismo, á fin de tener á raya á la gente por medio de un terror saludable.

El Sr. Pí no es positivista; el Sr. Pí es metafísico, y se reirá desdeñosamente de estas pobres invenciones de Comte y de Littré. El gran maestro del Sr. Pí debe de ser Luis Feuerbach, singularmente en su admirable libro titulado *Pensamientos sobre la inmortalidad y sobre la muerte.* Basta leer cuatro páginas de este libro para conocer que el *altruísmo* de Augusto Comte es una simpleza desvergonzada. En efecto, ni el mismo diablo sacará de la lujuria el amor de la patria, el amor de la humanidad, la caridad, la devoción, el sen-

timiento que nos lleva á sacrificarnos, á dar la vida por nuestros semejantes ó por una idea. Toda virtud, toda magnanimidad, todo impulso generoso queda sin explicación con sólo la lujuria. El verdadero *altruísmo*, lo contrario del egoísmo, se funda en algo más noble que la lujuria, la cual es una faz del egoísmo, y nada más.

¿En qué se funda, pues, el *altruísmo?* ¿Cómo podemos tener caridad, filantropía, amor al progreso, interesarnos por la humanidad y por sus destinos, vivir más para la humanidad que para nosotros? El amor, dice Feuerbach, es nuestra esencia; el amor es Dios; el amor es la muerte. Cuando queremos un bien egoísta, algún provecho particular para nosotros, el bienestar en esta vida, la bienaventuranza en la otra, la voluntad individual es quien obra en nosotros; la voluntad que resulta de nuestra forma, de nuestro organismo perecedero, de nuestra existencia temporal y caduca. Pero hay otra voluntad esencial, substancial, general, colectiva, divina. Por ella no nos amamos, sino lo amamos todo, esto es, amamos nuestra esencia, que es lo eterno y lo universal; por ella menospreciamos los accidentes y nos volvemos á la substancia; por ella, que nace de lo que no tiene ni determinación ni límite, queremos volver, y volvemos, á lo ilimitado y á lo indeterminado; por ella amamos á Dios, amamos á la naturaleza, amamos á la especie humana, amamos á la muerte. Amar es morir: allí el suspiro y el deseo terminan en el ósculo y en el abrazo místico. Morir es el supremo fin del amor, el goce perfecto del

amor, el enlace estrechísimo y la fusión íntima con el objeto amado. Dios, el amor y la muerte, son lo mismo.

De aquí la cruda guerra que hace Feuerbach á la creencia en la inmortalidad del alma, horrible engendro, según él, del egoísmo. Nada más contrario á la virtud, á la santidad, al bien, al sacrificio.

Tal es en cifra la más sublime de las *Thanatologías;* tal es la doctrina ó ciencia de la muerte. La muerte no viene de fuera con su guadaña para segar la vida; la muerte no nace del pecado, ni de la voluntad viciosa: la muerte nace de la voluntad sana y divina, y emerge de las profundidades de nuestro sér.

La gran filosofía alemana, como uno de sus resultados más brillantes, nos da á Sakiamuni exagerado; nos da el nihilismo del Nirvana más claro y más terminante. ¿Qué energía, qué progreso ha de nacer de tan deplorable doctrina? Hay en ella (¿cómo negarlo?) cierta poesía enervante, que tiene su valer como poesía; pero el libre albedrío, la responsabilidad moral de nuestros actos, la verdadera fuente de la actividad y del progreso, no se conciliarán, por más que se haga, con tan extraña ciencia. Esa voluntad esencial no es más que una ley de la naturaleza, una fuerza ciega como la afinidad ó la atracción. De ella nace para Feuerbach el amor, y con el amor, cuanto debiera honrar á nuestra especie, comprendido de otro modo. Comprendido como Feuerbach lo comprende, el valor y el sufrimiento de los mártires, la constan-

cia de Scévola, la devoción de las hermanas de la caridad, el heroísmo del guerrero que muere por la patria, la muerte gloriosa de Régulo, la consagración de una vida entera al bien ó al progreso del humano linaje, todo ello no es más que la fuerza de la voluntad esencial: para el héroe, el mártir y el varón justo, tiene esto el mismo mérito que para una piedra el caer buscando su centro.

Como apéndice al libro del Sr. Pí, que nos sugiere estas reflexiones, hay un largo fragmento de otro libro del mismo Sr. Pí, titulado *Reacción y Revolución*. En él completa y redondea su pensamiento.

En él trata de probar el Sr. Pí que el cristianismo ha muerto: vuelve á enfurecerse contra los que tienen la avilantez de creerse inmortales como individuos, y acaba por reconocerse á sí mismo como Dios; esto es, como una molécula, como una chispa, como una migajilla de Dios. El Sr. Pí se declara panteísta; pero no como Heráclito, no como Parménides, no como San Juan, á quien también incluyen en el número; no como Fichte, ni como Schelling, ni como Hegel. El Sr. Pí modifica á Hegel. El Sr. Pí tiene su sistema propio; pero apenas nos le deja entrever. Nos quedamos á media miel, como suele decirse. Bien es verdad que el Sr. Pí casi nos promete desarrollar todo su sistema filosófico en otro libro nuevo. Ojalá el vivir alejado de los negocios públicos le dé reposo para escribir esa Apocalipsis, y á nosotros nos libre de su funestísimo poder, que á durar un mes más hubiera acabado por consumir, arder, desquiciar y arruinar toda esta pobre tierra de páparos.

Lo que hasta ahora ha escrito el Sr. Pí es para despertar en España la afición á la filosofía y para dar una base á la revolución. «Aquí, exclama, tenemos aún la revolución sin base. Apresurémonos á dársela. De no, seguiremos levantando el edificio sobre arena. Los huracanes de la reacción le derribarán á cada paso y nuestra historia será la de la tela de Penélope.» Para que no lo sea, para que la revolución se afirme y se consolide, es menester, pues, adoptar el *piismo:* guerra á Cristo y á su Iglesia, y negación de la vida futura y negación de Dios, á no ser que por Dios quiera entenderse lo infinito é indeterminado que se determina en el hombre finito y tiene en nuestra mente conciencia de sí. Con el panteísmo *piino* seremos felices: tendrá base la revolución; habrá *religión* y filosofía, porque el panteísmo es filosofía y religión á la vez. Pí volverá á ser, con mejor éxito, el gran metafísico de la república, como en la ciudad del sol de Campanella. El Pontífice Máximo de la nueva religión será Pí; el Dictador, el brazo secular, Contreras.

Lo malo es que el Sr. Pí acaba por confesar que no hay tal filosofía ni tal religión en el panteísmo. El panteísmo no ha llegado aún á su constitución definitiva, ni como filosofía, ni como religión. Hegel, el genio del Occidente, el más sublime de los panteístas (Pí lo confiesa), nos deja sin libertad, sin soberanía, sin derechos individuales y sin República federal. Á Hegel no se le importa un

comino de la autonomía de cada sujeto, y sanciona la tiranía del Estado. Necesitamos, pues, otro panteísmo nuevo para uso de la República federal, y esto es lo que esperamos con ansia. Hasta que salga este nuevo panteísmo *piino*, donde á Hegel se le enmiende la plana, suspendamos nuestro juicio y confesemos humildemente que tal vez Pí tenga razón, y que valga él más que Hegel, y que San Juan, y que Pedro Leroux, y que atine á plantear mejor el problema de las relaciones entre lo finito y lo infinito; problema que nadie ha resuelto aún, y que Pí resolverá el día menos pensado para bien de la humanidad entera y de esta Confederación armónica, deliciosa, pacífica, rica y feliz de Repúblicas malagueña, murciana, cartaginense, gaditana, salmantina, y *cosi via discorrendo*. Lo que se puede afirmar, mientras no se ensaye el sistema panteísta y *thanatológico* del Sr. Pí, es que las sociedades, si se consulta bien la historia, han progresado más hasta el día, y han tenido más duraderas y fecundas civilizaciones, en razón de la mayor fuerza con que se ha creído en la Providencia divina y en la inmortalidad del alma individual. El panteísmo brahmánico petrifica, aduerme en un sueño secular á la India; el panteísmo místico de Budha y el panteísmo materialista de los letrados destruyen todo ideal, toda aspiración en China, y paran el curso del progreso durante tres ó cuatro mil años, entre trescientos ó cuatrocientos millones de hombres, de quienes ya se empieza á dudar si serán por naturaleza incapaces de ir más

adelante. Lo que tuvo de panteísta la antigüedad clásica la condujo á morir en la desesperación más horrible. «Un despotismo cruel pesaba sobre todo, como dice el Sr. Pí, y el egoísmo era la ley del mundo.» Sin embargo, la creencia en la inmortalidad del alma no era muy firme ni muy general entonces. ¿Quién pensaba en los tiempos ante-cristianos en la salvación ó en la inmortalidad del alma de un ciudadano cualquiera? Los manes, los lares, eran los héroes y los príncipes. La plebe, sin hogar y sin sepulcro, no tenía alma. Y aun así, ¡qué vida aquélla de ultratumba en la antigüedad clásica! Los muertos andaban siempre afligidos de no ver la luz del sol, aburridos de todo, alcanzando muchos ciencia y volviéndose más tontos que los espíritus de los espiritistas del día, y, por último, más acosados del hambre que los cesantes de la República federal española. Ulises tuvo que andar á cintarazos con todos los muertos, y hasta con su madre, para que no se sorbiesen la sangre con que iba á regalar al adivino Tiresias. Aquiles estaba tan cansado de aquella miseria de Campos Elíseos, que aseguró que preferiría ser un esclavo, un ganapán vivo, á ser rey inmortal entre las sombras. No fué, pues, el amor á la vida futura lo que disgustó en la antigüedad clásica de la vida presente. En cambio, con la religión cristiana, que nos promete una vida futura esplendidísima, los pueblos de Europa, en vez de abandonarse á la contemplación y en vez de vivir en la penitencia y en los padecimientos, han progresado tanto ó más en las cosas

materiales que en las espirituales; han extendido la idea de la creación; se han enseñoreado de todo este planeta y le han ido hermoseando y haciéndole mucho menos inhospitalable; y, por último, á los panteístas y á los que creen menos en la vida futura los adoctrinan, civilizan y gobiernan. Vea, pues, el Sr. Pí cómo esto de la creencia en la vida futura, no sólo no estorba, sino que aprovecha para la vida presente, y que no hay nada mejor que creer en Dios y en dicha vida, mientras no llegue la verdadera plenitud de los tiempos, cuando el divino Sr. Pí saque á luz todo su sistema y haga una revolución en el mundo más transcendental y más progresiva acaso que la que hizo Cristo. La fe en la vida futura, como sostiene el Sr. Pí, nos ha hecho egoístas, indignos, inhábiles para el consorcio humano: cada uno piensa en salvarse á sí propio, y nada más. La Iglesia católica, la congregación universal de los fieles, esta asociación en que todos están unidos por la caridad, con la misma creencia y con la misma esperanza; esta santa y perfectísima democracia, en que no hay sólo la unión de la vida terrena, por el espacio de breves años, sino la unión en la eternidad; esta comunión de los santos, esta mística ciudad y república, esta Jerusalén divina, que está á la vez en la tierra y en el cielo, cuando en el cielo y en la tierra se cumple la voluntad de su Legislador soberano y bendito, no es más que puro egoísmo para el Sr. Pí. Lo bueno es la sociedad que él va á fundar con su evangelio. Así como, según el Sr. Pí, al cristianismo precedieron los

esenios, sin duda al *piismo* preceden los internacionalistas. Por los horrores de Alcoy, por los robos de Granada, por los facinerosos sedientos de saqueo y de incendios y ebrios de sangre y de vino, que ya se han levantado en algunas partes á ver si deshonran y se sobreponen al noble pueblo español, harto sufrido é inerme en ocasiones, podremos calcular cómo serán los fieles de la nueva iglesia de Pí.